



RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA DUBARRY

A DISTANCIA de un siglo, y después de grandes transformaciones y vicisitudes sociales y políticas, la historia se copia á sí misma, con ciertas leves diferencias, únicas que dicen que el tiempo no pasa en balde. Cuando Emilio Zola, en una etapa de la serie de los *Rougon Macquart*, pintó á la cortesana, ó, como él decía, á la *mosca de oro*, revoloteando sobre la podredumbre y transmitiendo la infección, hasta desorganizar el régimen del segundo Imperio; cuando la retrató inconsciente del daño que hacía, víctima de su propio veneno al fin; cuando la estudió en lo íntimo de su carácter, ni mala ni dura, antes por el contrario bonachona, servicial y hasta desinteresada á ratos, no

hizo más que aplicar al siglo XIX fenómenos observados en el XVIII, y encarnar en *Nana* rasgos de la figura de la Dubarry, pero convirtiendo á la favorita del rey en favorita del público: lo cual podría significar que la Revolución se hizo para poner los vicios al alcance de todos.

Con la Pompadour, la clase media había llegado á las gradas del trono; con la Dubarry, "salida como Venus de la espuma de las olas", llegó la plebe más ínfima; pues la criatura que disponía á su antojo de condecoraciones, títulos, pensiones, honores y grandezas, y á la cual—según las indiscreciones anecdóticas—al saltar de la cama presentaban sus babuchas el Nuncio del Papa y el Limosnero mayor del reino, era ni más ni menos que una hija de padre ignorado (decíase que de un fraile de Picpus), una grisetilla, la griseta parisiense que del fangoso arroyo y de la miseria anónima pasa á la promiscuidad resbaladiza del taller de modas, y, precozmente desmoralizada, adquiere, sin embargo, en ese mismo peligroso lugar, el don de la elegancia y de la coquete-

ría, el arte supremo de realzar la hermosura con el adorno, el secreto del moño y del trapo, la ciencia del afeite y del desaliño, que en grado sumo había poseído la Pompadour y en que la superó la Dubarry. Uno de los rasgos distintivos de la modistilla, como del pilluelo, es no asombrarse de nada; es encontrarse siempre, ocurra lo que ocurra, á la altura de los acontecimientos. La griseta Juana Vaubernier, la muchacha de alegre vida, la amante del peluquero Lamet, cuando llega la hora de presentarse ante la corte más disoluta, pero más altanera y etiquetera de Europa, admira á los áulicos y aplasta á las envidiosas con sus modales reservados, llenos de aplomo y naturalidad. Ostenta con soltura su aderezo de magníficos brillantes, regalo regio, y las hijas de Luis XV, no hallando qué tildar en el continente de la favorita, hacen á mal tiempo buena cara, y convienen en que la intrusa "tiene el aire".

Para los que hayan leído una de las novelas más verdaderas y humanas que existen, *Manon Lescaut*, se explican bien el atracti-

vo de la Dubarry y la dificultad de ser con ella implacable. Nadie ignora que la heroína del abate Prevost es una ramera; pero, en medio de su desastrada vida, manifiesta una dulzura que nos apiada. La indulgente rehabilitación que la literatura contemporánea ofreció á la *Dama de las camelias*, ya se la otorgara el siglo XVIII á *Manon*, cuya historia arranca lágrimas, cuyas desventuras compadecen, cuya silueta tiene—á pesar de los pesares—cierta poesía y hasta suaves arreboles de pudor. El pudor, en efecto, tanto puede ser indicio de la inocencia física, como resultado de un sentimiento vehemente y grande que inmuta el ser moral y le infunde virtudes nuevas. Don Juan Tenorio creía que el amor de Doña Inés podía abrirle el cielo. No cabe duda en que la Dubarry—recientemente maltratada por la historia, que es á veces una gazmoña de los diablos—tuvo en su dramática vida una hora en que la sirena desapareció para dejar paso á la mujer; no á la mujer viril y grande como la Roland, sino á la *foemina* tierna, cariñosa, débil, dulce, necesitada de

apoyo como la hiedra, arrulladora como la paloma, y por último, *enamorada*.

Si se cala hasta el fondo del alma de la Dubarry—cosa fácil, porque su carácter no es complicado como, verbigracia, el de la Maintenón—lo que se encuentra inmediatamente es el *eterno femenino*; el ansia de agradar, la necesidad de ser amada; no por impulsos temperamentales, sino por esa ambición innata en la mujer, que goza cuando prende corazones. En todo era la Dubarry *mujerísima* (que se me perdone el superlativo). Formaban su atmósfera propia el lujo y las galas del tocador: por adornarse y por hacer beneficios á sus allegados, jamás por engrandecerse—pues no entendía ni quería entender de política, aunque la política la costó la cabeza—aspiró á conservar el imperio que ejercía sobre Luis XV. Carecía de orgullo: no sentía, á pesar de su lucha con Choiseul, verdaderos rencores: lo amargo, lo serio y lo enfadoso se evaporaba pronto de su cabecita de pájaro; realmente no vivía por la razón, sino por el corazón, por los afectos, las sensibilidades, las vani-

dades y las niñerías gentiles y coquetonas de su sexo. La Revolución la arrastró como una ola de sangre arrastraría una rosa, pues en la Dubarry no cupo mayor maldad de la que en una flor puede haber.

En todo el tiempo de su larga y absoluta privanza, no se sabe que hiciese daño á nadie la Dubarry: en cambio aprovechó gustosa la ocasión de dispensar algunos favores, de conseguir indultos, de enjugar lágrimas. No se preciaba de filántropa: su beneficencia nacía de una exaltación pasajera de la sensibilidad; compadecía, y socorría, si era posible, por no sufrir, por no creer que había á su alrededor desgraciados. Hay que reconocer que la sobraban medios de hacer el bien: recibía el oro á manos llenas; la munificencia de su real amante la cubría de joyas y la abrumaba con dádivas, siendo la Dubarry, como dice con gracia uno de sus biógrafos, “un ángel, pero un ángel que arruinaba las arcas del Estado”.

¿Quién lo duda? A pesar de su inconsciencia, de su irresponsabilidad, de su hechizo seductor, que nos impide calificarla con pu-

ritana intransigencia, la Dubarry fué el instrumento fatal de la justicia divina, el último y airado emisario de la cólera celeste, dispuesta ya á vibrar sus rayos sobre la culpable raza de Borbón. Ella lo ignoraba, como ignora la chispa que va á incendiar el edificio donde caiga. Ella, última favorita, creía tal vez—si es que se permitía el lujo inverosímil de meterse en filosofías históricas—que ciertas abominaciones eran inherentes al trono; que siempre habían existido y tenían que existir reinas de la mano izquierda, cantadas por los poetas, realzadas por el arte, incensadas por la aristocracia más añeja y execradas por el pueblo, que las maldecía desde lejos... ¡pero desde tan lejos, que ni se oía el eco de sus maldiciones! A lo sumo, alguna cancioncilla, un libelo manuscrito corría bajo cuerda, y sus autores eran castigados bien pronto con el destierro ó la cárcel. Sinceramente monárquica, la Dubarry juzgaba desacato combatir los caprichos del rey. La costumbre del dominio de las favoritas hacía ya que su apoteosis no pareciese tan escandalosa. Con todo se transige á la larga.

Pero si los pecados no variaban, los tiempos sí. La revolución, sorda, invisible, ganaba terreno. Invisible digo, porque la corte no la sospechaba siquiera. Para los ciegos cortesanos, los enciclopedistas eran unos soñadores utópicos, la filosofía la madre del aburrimiento, y la economía política un atajo de simplezas. Quien tuvo acaso noción más clara de lo que iba elaborándose, fué el propio Luis XV. La famosa frase “después de mí, el diluvio”, era en sus labios como una muletilla. “Después de nosotros, acábase el mundo”, decía á la Dubarry, estrechándola contra su pecho. “Tienes razón, ¡la Francia!”, contestaba la favorita, riendo y aplaudiendo con sus lindas manos, aquellas manos dignas de la más encopetada duquesa.

El rey podría estar depravado, pero no era ningún necio, y á no encontrarse viejo y con un pie en el sepulcro, y convencido de que “Francia, para él, había de durar bastante”, ciertos acontecimientos le harían reflexionar muy despacio.

Fué uno de los más significativos la cere-

monia de inaugurar el puente de Neuilly. Presencióla la Dubarry desde un palco que para ella se alzara, y estaba ese día—dicen las crónicas—más linda, más alegre y más festejada que nunca. El rey llegó después. Al aparecer Su Majestad, los obreros que construyeran el puente fueron los únicos á lanzar el clásico grito: ¡*Viva el rey!* La inmensa multitud reunida para asistir al espectáculo, guardó silencio profundo: todas las miradas estaban fijas en la Dubarry, de quien no se apartaba el rey: todos los labios murmuraban su nombre; todos, por lo bajo, la maldecían; era la piedra de escándalo; era el padrón de ignominia de una institución caduca. Y como el embajador del rey de Nápoles manifestase sorprenderse de la frialdad con que el pueblo acogía al monarca, la voz de algún filósofo murmuró á su oído: “¿Y V. qué quiere? Cuando el rey ensordece, enmudece el pueblo.”

Emplazado por un predicador, murió de viruelas Luis XV, y la multitud, al ver pasar el entierro del *Bien amado*, no enmudeció: exhaló gritos de mofa y clamores igno-

miniosos: los que acompañan, en las cacerías, la muerte del ciervo.

Había pronosticado el Almanaque de Lieja á la Dubarry su caída y destierro: lo que no predijo el Almanaque fué que, al cesar su privanza por muerte del rey que la adoró hasta el último suspiro, empezaría para la Dubarry el único período de felicidad verdadera que disfrutó en su existencia azarosa y deslumbradora. Hasta el límite de lo posible, en ese período la Dubarry se regeneró. No es sólo el dolor el que rehabilita. Ciertas dichas, muy auténticas, sirven de salud y de purgatorio al pecador más desatado. Bien se entenderá que no me coloco en el terreno teológico: hablo humanamente. Hay base de verdad en la teoría sentimental de que el amor grande y sincero es una rehabilitación, y que la virginidad del alma, según frase de Victor Hugo en *Marion Delorme*, remanece al influjo de ciertos nobles afectos. ¿Cuándo nos interesa *Manon Lescaut*? Cuando vemos que es capaz de querer.

La cortesana es una mujer en quien el libertinaje marchita y escarnece, desde la